

José Macedonio Urquidí

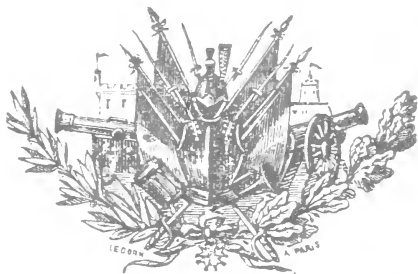
Bolivianas

Ilustres

La cultura femenina en nuestra
Evolución Republicana

Estudio Biográfico y Artístico

TOMO II.



LA PAZ

ARNÓ HERMANOS

Escuela Tipográfica

Libreros Editores

Salesiana

1919



(1846 = 1898)

Lindaupa Anzoátegui de Campero

(*»El Novel«*)

Novelista, poetisa

Esta ilustre boliviana, de esclarecido linaje, elevóse a la figuración brillante, por sus excepcionales virtudes y rara cultura intelectual, que ha dejado rastros luminosos en los anales literarios y desenvolvimiento moral del país; pues tenía «*los atributos de las naturalezas selectas, que comunican distinción y belleza a cuanto las rodea*», en expresión de un escritor nacional.

Era el 19 de febrero de 1846, cuando nació en la *casa señorial* del «fértil y ameno Valle del Tojo», (región limítrofe entre los departamentos de Tarija y Potosí), la que sería una gloria del Parnaso. Sus padres fueron don Manuel Anzoátegui, de antigua familia vazcongada que avecin-

dó en la República Argentina, (el cual era primo del notable colombiano General Anzoátegui, y estaba vinculado por la línea materna con el célebre guerrillero salteño General Martín Güemes); y la señora doña Calixta Campero, hija del último Marqués del Valle de *Tojo* don Juan José Fernández Campero de Herrera. De este hidalgo señor, cuéntase que «sacrificó en aras de Emancipación de América, sus patrios castellanos lares y sus ingentes bienes y señoríos»; yendo a morir de hambre y proscrito, en *Kingston*, capital de Jamaica.

Los padres de Lindauro Campero tuvieron larga prole, doce hijos; de los cuales sobrevivieron las tres hijas mayores y un varón, de los nacidos en Chuquisaca; siendo ella menor que éstos con muchos años; y dos niñas que nacieron en Salta, a donde se trasladó la familia Anzoátegui, en 1850.

En el seno de una familia de condiciones y cualidades superiores; rodeada de una atmósfera moral de ascendrada virtud, de talento y distinción bella, surgió a la vida de sociedad con un lucimiento nada común.

En su más tierna infancia manifestó a sus padres su deseo de ir a la escuela, e hizo rápidos progresos, pudiendo leer y escribir aún antes de cumplidos sus cinco años de edad. Esto determinó al amor y solicitud paternal, prestarle

más atención. El estudio del francés, de la Contabilidad, (aun por *partida doble*, que no se enseñaba), de la Retórica y la Lógica, ocupó especialmente su tiempo; aparte de que no tardó en familiarizarse con la lectura de los clásicos franceses, desde Corneille, Racine y Moliere, hasta Chateaubriand, Saint Pierre y otros en boga, y de los castellanos, de Cervantes y Ercilla, al Duque de Rivas y Larra y autores contemporáneos selectos, de la copiosa biblioteca de su padre, quién cultivó con predilección sus inclinaciones literarias y musicales. Al par, entregada a una educación física metódica, consiguió tal elegancia lozana, como destreza en la equitación, la natación, el baile y otros ejercicios saludables. Todo lo cual le dejaba horas útiles para consagrarse a las faenas domésticas y *ejercicios de piedad*. Aun no era adolescente, y ya dejaba libres a sus padres de sus trabajos de escritorio, corriendo con la pluma, atendiendo la correspondencia, con la mejor discreción posible en su niñez y primera juventud. La devoción encomendábale la lectura de libros religiosos y de Vidas de Santos. Cuéntase que prefería las de los austeros *ermitaños*; y, ella, andando los tiempos, en las agitaciones sociales y políticas, apenas si pudo realizar el anhelo paterno: gozar de la quietud, la soledad y el silencio, lejos del vano bullicio del mundo... ..

Abstraída en trabajar con provecho, no olvidaba de que es breve la vida, y se interesaba por hacer la suya útil y grata, difundiendo en torno sus dichas y alegrías, dispuesta a remediar todo mal y auxiliar a quienes (ay! cuantos) veía *siempre necesitados*, sumidos en la penuria y el abandono, el dolor y la desesperanza. Exenta de convencionalismos, su alma altruista prodigaba bondades. Su desprendimiento y liberalidad con los indigentes y desvalidos; sus costumbres sencillas; su trato delicado y franco, rodeáronla de intensas simpatías.

No del todo libre de amargas pruebas fue su adolescencia. La pérdida del único hermano, «orgullo de la familia», entristecióle; a lo cual sobrevino una irreparable pérdida mayor: la muerte de su amantísimo padre. Esto ocurrió aun antes de estar definidos los derechos de la señora Calixta, a quién debía corresponder una mitad de los bienes del Marqués Campero; y trasladóse la señora en referencia a Chuquisaca, acabando por transar, aceptando de tan cuantiosa fortuna una parte relativamente pequeña, siendo restituida aquélla a los dos herederos del Marqués. En 1861, cuando Lindauro cifraba en los dieciseis años, también falleció su madre. Su energía moral no se doblegó ante el infortunio, sobrellevándolo resignada en su amargura, acrisolado ya su carácter en la desgracia.

El Dr. *Pedro José Zilveti*, uno de los más ilustres bolivianos, político de elevados principios, patriota de altivo carácter estaba casado con una hermana (Adelaida) de Lindaura, y se constituyó en tutor de élla y de las dos hermanas menores. Dedicado a las letras, complacíase en hacerse leer con élla, que poseía voz sonora, simpática, expresiva. El gobierno doméstico, el cuidado de las menores huérfanas y el de la familia de su hermana Adelaida, tan delicada de salud, que no tardó en morir, debieron mucho a su decisión y nobles cualidades; siendo su *director espiritual* un notable religioso de *La Recoleta* de Sucre. El Dr. Zilveti, con su familia numerosa y sus pupilas, trasladóse a una de las propiedades de éstas.

Datan de este tiempo los primeros ensayos literarios de esta eminente escritora. Inspirados en un sentimentalismo romántico y en piadosos propósitos de mejorar la suerte infeliz de los indígenas, revelaron su espíritu compasivo, al par que observador. Estudiando las costumbres y caracteres y las condiciones peculiares de los campos y poblaciones provincianas del país, auguraba la amplia orientación del espíritu de la futura eximia novelista, de la *escuela de Daudet y Eça de Queiroz*. Uno de los ensayos de entonces, que quedaron inéditos, extravióse en original, intitulaba «*Manuel*», y fue aplaudido por los es-

clarecidos personajes que frecuentaban la amistad del Dr. Zilveti, al par que por éste, poniendo aparte *zalamerías* de familia, que no eran propias de su recto juicio y claro criterio.

Poco después, residía cerca de *Sucre*, en la hacienda *Huerta-mayo*, donde se sabe haberse sostenido con ardor y tenacidad la oposición formidable, a la tiranía militar de Melgarejo, a quién Lindauro Anzoátegui conoció allí y *lo vio sollozar* cuando el Dr. Zilveti, con su arrebatadora y elocuente palabra, hacía un llamado a sus sentimientos patrios, pintando lo sombrío de su dominación. De la pléyade de jóvenes ilustres y próceres que ahí concurrieron, algunos llegaron hasta investirse de la Primera Magistratura de la República, para lucimiento y prosperidad de ésta. En aquella época escribió sus primeras composiciones en verso, henchidas de «amor a la patria oprimida». Perdido su libro de poesías, sólo queda de las de esos luctuosos días, una, consagrada a la memoria de su amigo el infortunado poeta M. J. Tovar, en 1869; y en la cual hay estrofas como éstas, que recuerdan algunas de las amargas de Zorrilla:

«Yace inerte, ¡gran Dios!,
Quien supo comprenderte en tu grandeza,
E inclinando ante tí su noble frente,
Cantó, Señor, ferviente tu belleza,
Pues tú le diste inspiración y voz.

Tus lágrimas, ¡Oh! Patria, ofrece al menos
A aquél que te ilustró con su talento.
Hombre, con sangre fué su *sino* escrito;
Genio, en herencia el llanto y el tormento
Amargaron su vida, por do quier».....

Aquel poeta suicida era el autor del poema bíblico: *La Creación*, uno de los esfuerzos métricos de más aliento del Parnaso boliviano; pero de relativo valor poético.....

En 1870, la esposa del Dr. Zilveti dejó en la orfandad seis niños. Este «golpe del destino» hirió profundamente a Lindaaura; y cambió el curso de su existencia.

—

Derrocado el General Melgarejo, arribó a *Sucre*, victorioso, el General Narciso Campero, que en los campos de *Alpacani* (19 de enero de 1870) dio término al *sexenio*; del que en un principio fue adicto, apoyando *caudillo de Diciembre* en la famosa toma de las barricadas de La Paz, (cuya hazaña heroica concluyó con el asesinato de Belzu triunfante); hasta que viendo la insania e inmoralidad del déspota se hizo enemigo, y lo combatió en *La Cantería* de Potosí, y se alejó de Bolivia, residiendo en varios países de América y Europa. El Congreso de 1871 lo elevó a General de División, en premio a sus excepcio-



Lindaura Anzoátegui de Campero

nales méritos y servicios; habiendo comenzado su carrera militar en las campañas de la *Confederación*, siendo héroe de *Irúya* y *Montenegro*, y, después, prefiriendo sentarse en el patíbulo cuando la *revolución* de Potosí (Noviembre 1859) contra el *Dictador* Linares, negándose, preso, a dar como Jefe Político del Departamento, la orden de rendición de los valientes que custodiaban los caudales del Estado en la Casa de Moneda. Era tan honrado como patriota valeroso. Pariente de Lindauro, tuvo por común antepasado al primer Marqués del Valle de *Tojo*, llamado, como el descendiente de la época de la guerra de emancipación, *D. Juan José Fernández Campero*, y venido de España con su familia en tiempo de Felipe V; siendo su segundo hijo el ascendiente del general mencionado, que fue también abogado, parlamentario, estadista y autor ilustre.

El 8 de octubre de 1871, el Ilustrísimo Arzobispo de *La Plata*, Dr. Pedro Puch, bendecía la unión matrimonial de la señorita Lindauro Anzoátegui con el General Narciso Campero, en Sucre. Y, nombrado Campero Ministro Plenipotenciario de Bolivia ante los gobiernos de Francia e Inglaterra, partieron (el 19 de octubre) *como en viaje de bodas*; residiendo en Europa varios años. Y gozando de cuanto hay de bello y bueno en países cultos, visitando con detenimiento las ciudades principales de Inglaterra,

Escocia, Francia, Italia y Austria, pudo la ilustre viajera ensanchar sus conocimientos. Se *perfeccionó* en la música y el estudio del inglés, hasta leer en su propio idioma a Shakespeare, Walter Scott, Dickens y otros autores de su predilección, y del italiano, hasta empezar a traducir con éxito «LOS PROMETIDOS ESPOSOS» del inmortal Manzoni.

En su libro de *apuntes* de deslumbrante desfile de cosas y personas, tomados con rápidos golpes de vista, hubo tal acopio de datos y notas, que desenvueltos habrían formado uno har- to ameno e interesante, por el estilo de RESONANCIAS DEL CAMINO de Juan Zorrilla de San Martín, el celebrado vate uruguayo. Narradora y detallista, su talento descriptivo y espíritu de observación, prometían tanto o más.....

De regreso de Europa, en la travesía del océano en tormenta, salvaron de dos naufragios, en que se mostró serena, y visitaron en el Nuevo Mundo diversas naciones, cultivando amistades de la más alta valía.

He aquí el diseño de sus perfiles, en plena juventud, hacia el año 1874, en que volvió al suelo patrio:—«De aventajada estatura, tenía simpática presencia y porte lleno de dignidad, espléndido cuerpo, cutis terso y blanquísimo; cabello castaño, suave y abundante; el rostro de óvalo prolongado, hermosa frente de atrevidas entra-

das; ojos pardos, algo pequeños, penetrantes y expresivos, chispeantes de fina ironía, atenuada ésta por la bondadosa y atable sonrisa de su bien dibujada boca, completada por irreprochable dentadura; nariz fina y agraciada....» (RASGOS BIOGRÁFICOS de la señora *Anzoátegui*, por su distinguida hija señora *Rosa Campero de Paz*, enviados al autor de esta obra).

Los esposos Campero-Anzoátegui tuvieron cuatro hijos; dos nacidos en Europa y dos niñas en Bolivia. *Eduardo J. Campero*, consagrado a la carrera militar como su padre, cuya extensa Biografía (hasta hoy inédita) escribió y un precioso opúsculo histórico, del episodio referente al General, ocurrido cuando la revolución de Ravallo en Potosí (1859), murió aún joven.—El intenso afecto materno de la Anzoátegui, tuvo tierna expresión en sus composiciones EN UN ALBUM y A MI HIJO, que datan de 1875 y en otras de años posteriores.

Los azares de la política y lo precario de la situación económica, por los eventos que envolvieron a su digno esposo, que tomó parte activa en los negocios públicos, hasta caer con el legalista Presidente Frías, traicionado éste por el general Daza, siempre la hallaron animada de rara entereza de carácter, a prueba de vicisitudes. Sufriendo el General Campero hostilidad encarnizada, vióse obligado a alejarse de Sucre; y una

solitaria y lejana propiedad, que cupo a su esposa en patrimonio, «*vino* a ser como puerto de salvamento en aquel naufragio, y pusieronle por nombre *San Salvador*». (1).

Los elevados sentimientos morales de la señora Anzoátegui de Campero, tuvieron allí saludables esparcimientos. Los cuidados de familia, los esfuerzos por el mejoramiento de la hacienda y de la triste condición de los *pobres colonos*, a quienes infatigable protegió, le dejaron tiempo para escribir pequeñas obras en prosa: UNA MUJER NERVIOSA, LA MADRE, y CUIDADO CON LOS CELOS, novelas cortas, (publicadas más tarde), fueron escritas entonces. Tienen originalidad, hay variedad en la trama, que interesa; los diálogos son naturales, [espontáneos; el lenguaje es fácil y correcto. Ahí muestra su autora talento de amplias vistas, genio vivaz e intuición rápida. Su *estilo* es ágil, sóbrio y pintoresco, en éstas como en todas sus obras.

Cuando la guerra nacional con Chile, el General Campero, retirado como se hallaba a la vida privada, recibió en Tupiza, la triste nueva de la agresión a Bolivia. Ofreció sus servicios al go-

(1) *Rasgos biográficos*.....citados, que principalmente nos guían para esta semblanza.

bierno *ilegal* de la Nación, y organizó la 5.^a *división* en el sud. Proclamado en campaña *sucesor* del Presidente Hilarión Daza *destituido* en Tacna por el Ejército con el bizarro coronel Camacho a la cabeza, Campero se invistió de la Suprema Magistratura (19 de enero de 1880). Seguidamente, salvando contratiempos, transmuntó los *Andes*, y, designado Director Supremo, mandó el Ejército Aliado en la batalla decisiva del *Campo o Alto de la Alianza* (Mayo 26), que a pesar del admirable heroísmo de los *COLORADOS* y otras legiones aguerridas, y la bravura de tantos jefes, perdió la Patria.

La señora de Campero, mientras su esposo tomaba el puesto de honor en defensa de la integridad nacional, dio a luz brotes de su ingenio de ardiente patriotismo, desde su apartado retiro de *San Salvador*. Vibrantes de energía son sus cívicas inspiraciones «*Bolivia*», «*Graü*», «*Plegaria*» (con motivo de la guerra), «*Al Autor de La Araucana*» (D. Manuel María Gómez); hay estrofas dignas del mejor poeta heroico; pero, son de un lenguaje un tanto prosaico y redundante las más. Con todo, traslucen un alma varonil, como que fue bélico el espíritu de los antepasados de la épica cantora.

Residió en La Paz, asiento del gobierno, desenvolviendo sus elevadas cualidades de dama de gran mundo, poniendo en claro su carácter

conciliador y tolerante y su trato amable, llano y bondadoso, que en trances difíciles sirvieron *de mucho* para la actuación y prestigio mismo de su ilustre esposo: en aquel angustioso período, en que, frente a las imposiciones del vencedor, las disensiones intestinas, lo exhausto del Erario, el amparo de los heridos y prisioneros, se precisaban abnegados esfuerzos para el resurgimiento de Bolivia (ya agobiada por la hambruna y la peste); contribuyendo ella, discreta y activa, en la esfera propia de su sexo y posición, al éxito de los patrióticos designios de aquél. Así a la iniciativa e insinuaciones de la esposa del Presidente Campero, se organizaron en La Paz veladas y conciertos musicales de tanto éxito, *«que aun se pudo socorrer a algunos infelices de las tropas enemigas»*. Se la veía en los hospitales asistiendo a los heridos, presenciando las amputaciones, serena; confortábales, y su voz era un bálsamo... Su benéfica influencia la hizo popular y generalmente apreciada. Nunca, (se afirma), dejó sin contestación satisfactoria, las solicitudes que se la dirigían de los diversos centros de la República; por eso en La Paz, Oruro y Cochabamba, donde residió breve tiempo, se la hizo grandes agasajos, tanto como en Sucre y Tarija.

Vale también consignar que la ilustre dama, que corría con la numerosa correspondencia pri-

vada del General, demostró su índole festiva en arranques jocosos en situaciones graves, y criticando en artículos de chispeante humorismo los ataques de la prensa opositora, (al estilo de Larra en su *Pobrecito Hablador*); y contestó con donosos chistes a los sarcasmos y pesadas bromas de los burlones escritores del Mapocho.

Y, en la elevada posición que le cupo y que entonces fue de pura abnegación y sacrificio, no dejó de pensar y cumplir lo que expresa esta frase de Tocquevill, (que escribió ella, por lema, en su cuaderno de apuntes):

«La vida no es un placer ni un dolor, sino un asunto grave que tenemos encima y que debemos conducir y terminar honrosamente».—Tan conforme con el elevado Ideal de la Humanidad de Kant.

El general Campero, uno de los presidentes más patriotas, más abnegados y más honrados que ha tenido la República de Bolivia, comparable con Sucre mismo, hizo la trasmisión legal del mando supremo en 1884, en la capital. A esta ciudad, tras penoso viaje, uno de tantos que hizo, ya se restituyó la señora Lindaaura de Campero con sus hijos; retirándose con su esposo a la vida privada, sin reclamar los créditos de consideración de que le era responsable la Re-

pública. Y otra vez en su hacienda de *San Salvador* (1885), entregábase a la ardua labor de mejorarla; pues en el abandono hallábase arruinada, cuando a instancias de la oposición al gobierno Pacheco, el general Campero, de tan ejemplar civismo, vióse en el caso de aceptar el cargo de Senador Nacional; y aquejado de dolencias, con apuros pecuniarios y, además, sustentando un ruidoso litigio en que la *justicia* apoyaba las miras de la parte contraria (que era D. Gregorio Pacheco), dejó de existir tras largo sufrimiento, en el silencio de su hogar, el 11 de agosto de 1896. La señora Lindaura, durante aquellos años, no sólo atendía solícita y con admirable firmeza al cuidado de su entonces desolado hogar, sino que prosiguió en el cultivo de las letras.

Por los años de 1888 a 1890, a instancias de un amigo de su esposo que publicaba obras de autores nacionales, dio a luz las *novelas cortas* antes mencionadas, y el verídico y chistoso opúsculo «*Cómo se vive en mi pueblo*», cuadros de costumbres nacionales, provincianas, tan del natural, que los caracteres, diseñados con pinceladas diestras, y por el pintoresco lenguaje, rebozan vida y constituyen tipos inconfundibles.

Transcurrido algún tiempo, y hallándose en su estancia *San Salvador*, ubicada en las regio-

nes que fueron teatro de las hazañas heroicas del gran caudillo Padilla y de su célebre esposa doña Juana Azurduy, la guerrera más ilustre de América, la señora Lindauro A. de Campero, recogiendo datos históricos y tradicionales, escribió emocionantes episodios en forma de novela: «HUALLPARRIMACHI»; «EN EL AÑO 1815» y «MANUEL ASCENCIO PADILLA, (este último trabajo ya no pudo revisar); son obras de excepcional interés, escritas con magistral pluma y estilo fácil y pintoresco, y acentúan la reputación de «*El Novel*». El notable literato señor don Julio César Valdés, en una crítica literaria se expresa: «Solo dos mujeres creo que en Bolivia merecen el calificativo de *buenas escritoras*, sin ofender a las demás que han hecho apreciables *tentativas literarias*, y colocando aparte a doña María Josefa Mujía, que puso en sus versos todo el sentimiento de su alma afligida y noble. Me refiero a *El Novel* y *Soledad*, y, para decir por sus nombres, a la señora *Lindauro A. de Campero* y a la señorita *Aidela Zamudio*. De la primera hablé largamente en mi libro *PICADILLO....*» ¡Qué sensible nos ha sido no poder consultar!

Al celebrarse el centenario del 25 de mayo de 1809, al trabajo sobre Padilla, aún no dado a luz hasta hoy, pero del que da muy ventajosa idea el brillante juicio del JURI, (que lleva la fecha 1º. de mayo), se le acordó por voto unánime

de este ilustrado tribunal el *primer premio*; dicho trabajo fue presentado por la familia de la autora, ya muerta diez años antes, con el pseudónimo *Tres Estrellas*, que también usaba. Es de notar que todas las otras obras del concurso fueron desechadas.

En las de la autora en referencia es atinada la exposición del plan, y desenvueltos todos los incidentes con creciente interés y un admirable realismo. La escritora peruana doña Clorinda Matto de Turner, la conmovedora literata que escribió «Aves sin nido», tuvo, pues en doña Lindaura Anzoátegui de Campero una digna competidora por la corriente de sus ideas redentoras, su talento observador y analogía de labores literarias.

Los tipos sociales, los caracteres históricos, singularmente el alma autóctona, doliente, el medio físico, fueron trasuntados con tal precisión, cual sobriedad por la literata boliviana. En la *pintura de caracteres*, es en lo que prima su acierto; así la épica silueta de la famosa guerrillera Azurduy; (para la que el general Campero, como ferviente amigo y admirador de sus proezas en la Independencia, en los angustiosos años de su larga ancianidad infortunada, impetró una recompensa de la gratitud nacional), está perfilada con impecable exactitud, tal como la pintan los relatos tradicionales y las fragmentarias narraciones de esos fastos legendarios, que la fan-

tasía popular y las sombras del tiempo van desvirtuando en desmedro de la verdad histórica.

Sus descripciones de los panorámicos escenarios, ora áridos y fragosos, o con las exuberancias de las selvas grandiosas; de los estragos tenebrosos y las risueñas perspectivas; así como de las situaciones más variadas, de los hechos y fenómenos psíquicos más complejos, ponen de relieve la intensidad de sus impresiones, la penetración de su criterio amplio y de fina percepción. Se embebía en la atmósfera que la rodeaba; la naturaleza melancólica de ciertas desoladas regiones andinas; las escenas íntimas, las acciones de armas del pasado heroico, supo evocar con palpitante realidad.

Sus armonías métricas, en que no perseveró, no están a la altura de su producción literaria en prosa, que es bastante considerable, a pesar de que dificultades y afanes diversos no le permitieron embargarse en trabajos de mucho aliento. Además de sus ensayos poéticos anotados ya, merecen mencionarse de los que quedan de su colección, inédita, que se perdió (en poder de una amiga suya), éstos: *A ti*, a la memoria de la poetisa Mujía, de la cual dice:

«Tu padecer cesó! y allá en los cielos
estrella rutilante te ve el alma,
gozando de los ángeles la calma
debida a tu virtud.

Dichosa tú al levantar el vuelo
a esa región sin sombras ni quebranto,
dejas el mundo lleno de tu canto,
de amor el corazón....»

¡Obrajes!, de estrofas fluidas y suma naturalidad, y *¡Sucre!*, fragmento de una oda, que se leyó en el gran concierto musical con que se celebró el centenario del natalicio del Gran Mariscal de Ayacucho en la capital boliviana que lleva su nombre.

Pesadumbres y trabajos agobiaron la salud de la eminente escritora, que angustiada largos años por violentos accidentes al corazón, declinó hasta extinguirse dos años después de fallecido el esposo: fue en 25 de junio de 1898. Excepcionales manifestaciones de duelo le tributó el vecindario sucrense. Vates esclarecidos rindieron su homenaje a la noble y preclara mujer, que «había gozado del imponderable dón de difundir alegría y felicidad, donde quiera se hallase, y que tuvo los atributos de las naturalezas selectas, que comunican distinción y belleza a cuanto las rodea».

Su exquisita cultura, la sagacidad con que sondear sabía el sentimiento ajeno, y justipreciaba los méritos, las inteligencias y jerarquías sociales; su influencia benéfica, sus virtudes altas y fecundas y sus obras literarias valiosas, dejaron recuerdos perdurables, para honor de su sexo y de su Patria.

En un album

(A mi amiga Mercedes Ortiz de Ortiz)

Dicen que allá en la noche misteriosa
es dulcísimo escuchar del vago viento
la murmurante voz;
y en el primer albor del nuevo día
elevarse del ave hasta los cielos
la plácida canción.

Dicen que es bello contemplar el brillo
de la gota purísima que llora
la mañana en la flor;
y sentir el perfume de la rosa,
cuando abre su corola sonrosada
a los rayos del sol.

Mas, yo sé que algo existe de más dulce
que del viento en la noche misteriosa,
la murmurante voz;
sé que hay *algo* más tierno que el acento
que al cielo eleva el ave matizada,
en plácida canción.

Hay algo, yo lo sé, algo más puro
que ese nítido llanto de la aurora
sobre una blanca flor;
y más embriagador que los perfumes
que despide la rosa entreabierta,
cuando la besa el sol.

Tú lo sabes también, pues que tus ojos
se humedecen con lágrimas dulcísimas
de dicha y bendición,
cuando levas por ellos tu plegaria,
¡por tus hijos! que arrullas tiernamente,
de hinojos ante Dios!....

(Salta, 2 de marzo de 1875)

¡Obrajes! (1)

(Gratitud a la Sra. Pilar Romecín de Rejo)

Venid aquí los que sentís el alma
sin goces ni ilusión
los que marcháis sin fe, los que sin calma
tenéis el corazón.

Hay luz aquí, y en su riente cielo
mil nubes de arrebol,
y flores que embellecen este suelo,
que vivifica el sol.

¡Es tan dulce sentir la suave brisa
viniendo sin rumor,
a provocar del labio una sonrisa
de gratitud y amor!

(1) Pintoresca villa y campiña cerca a la ciudad del Illimani.

¡Es tan grato soñar, mientras murmura,
con cadenciosa voz,
el río, que da vida....y da frescura....
en su curso veloz!

.....

¡Venid! ¡venid! los que sentís el alma
desnuda de ilusión;
los que marcháis sin fe, los que sin calma
tenéis el corazón:

Hay luz aquí, hay flores, hay ensueños;
y escucharéis su voz;
cayendo, de la dicha siendo dueños,
de hinojos ante Dios!

(*Obrajes, 1880*)

Plegaria

....Ellos duermen! ¡Hijos míos!
¡Cuánta calma hay en sus frentes!
de sus labios inocentes
aspiro candor y paz.

Hace un instante a tus plantas
se postraban, ¡Virgen pura!
y con infantil ternura,
imploraban tu piedad ..

Dulce llanto arrancaron
sus acentos bendecidos;
«*Padre y Patria!*» iban unidos
en concierto angelical.

¡Ah! sin duda, Madre mía,
que Tú también has sentido
el corazón conmovido
por tan inocente afán.

Sin duda que tu mirada
de bendición y consuelo,
cumplir prometió el anhelo
de esa plegaria filial.

¡Ay! mientras gocen, tranquilos,
gratos sueños de inocencia,
Madre! imploro tu clemencia,
humilde a mi turno yo.

Tú, que del trono de estrellas
donde reinas soberana,
la guerra ves inhumana
que nos lanza el invasor;
Y de mi Patria oprimida
por sin igual desventura, (1)
despertar ves la bravura
con pujante indignación;

(1) El flagelo del hambre y la peste, junto con la guerra nacional.

Y acudir sus hijos, llenos
de patriótico ardimiento:
marchar *uno contra ciento*....
¡No lleva cuenta el valor!

Y allí, noble entre los nobles,
entre valientes valiente,
¡mi esposo! su altiva frente
irradia bélico ardor.

¡Ah! que tu manto azulado
sombra les preste en el día;
defiéndelos, ¡Madre mía!
sírveles de inspiración....

Devuelve llenos de gloria
a mis hijos; «¡Patria y Padre!!
devuélveme, tierna Madre,
al esposo de mi amor!

(San Salvador, 19 de mayo de 1879)



FRAGMENTOS EN PROSA (I)

.....Plácenos, lector querido, emprender en tu grata compañía un ligero viajecillo, no exento de riesgo, pero tampoco falto de encantos, por las feraces y casi desiertas fronteras de *Chuquisaca*. Si piensas que, en esos sitios privilegiados, los arbustos son árboles, los arroyos se convierten luego en caudalosos ríos...y que todo allí lleva el sello de los grandiosos destinos que el Cielo depara a nuestra, hasta hoy, tan abatida patria, estamos ciertos de que proseguirás gustoso la empezada peregrinación.

Miles de lucidas y canoras aves pueblan los bosques, formados por árboles gigantes, muchos de los que ofrecen frutas delicadas, sin nombre conocido aún, y otros, sus olorosas resinas o sus robustos troncos, cuyas maderas preciosas son todavía un tesoro perdido en esas soledades, para la industria y riqueza de Bolivia. Flores extrañas de vivos colores, tapizan el suelo, mezcladas con el abundante y vigoroso *pasto* que alimenta el poco ganado que existe ya en aquellas

(1) He aquí, en estos *trozos* entresacados al azar de las diversas obras novelescas y episódicas de la insigne escritora Lindaura A. de Campero, algunas *muestras de su estilo*, elegante, ágil y pintoresco.

fronteras....a merced de *los del oficio*, como pintorescamente se llama allí *a los amigos de lo ajeno*. Cruzan ese extenso territorio, caudalosos e inexplorados ríos, abundantes en sabrosos peces, y cuyas ondas, adormidas sobre su lecho de arena y oro, reflejan un cielo de espléndido azul y la exuberante y matizada vegetación de sus anchurosas y risueñas orillas. Infinidad de insectos, lucientes con los colores del rubí y de la esmeralda, zumban en un rayo de sol, o se posan sobre las plantas que envían, en aquella hora del día, sus penetrantes emanaciones, en alas del tibio ambiente que las arrulla y acaricia.....

De pronto, interrumpe el murmullo de la naturaleza el acompasado paso de un caballo, cuyo jinete lleva casi oculto el rostro por la ancha y flexible ala de un fino sombrero de paja, y el cuerpo por un amplio poncho de *makana* (1). Con la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre el arzón de la silla, deja flotar la rienda en el cuerpo esbelto de su brioso caballo, abstraído en una profunda meditación. El noble corcel, de alazanada piel y luenga crin, avanzaba lentamente, enderezando por momentos sus pequeñas ore-

(1) Tejido de algodón hecho en el país. (También se designa con este nombre la clava de madera, con que los *cochabambinos* vencieron, principalmente en la legendaria acción de *Aroma*).

jas y con manifiestas señales de una inquietud, de que no parecía apercibirse su dueño. Pero, por absorbida que estuviese su imaginación, vino a despertarla violentamente el lejano y doloroso aullido de un perro, al que siguió un rumor semejante al eco del trueno en el espacio. El caballo detuvo su marcha y empezó a dar resoplidos, golpeando impaciente el suelo con sus pies. Convencido sin duda el jinete de que le sería imposible obligarlo a continuar adelante, se desmontó con agilidad, y llevando la mano a un ancho cinto de tafilete rojo, que le ceñía el talle, sacó un revolver y lo examinó....Notó con inquietud marcada que no podía contar más que con un tiro, y su mirada ansiosa interrogó las profundidades del bosque, como buscando un camino para huir del peligro que lo amenazaba. Resuelto sin duda a apelar al instinto de su caballo, se disponía a fiarle su salvación; mas, un poderoso y próximo rugido, estremeciendo el suelo mismo, pasó el colmo al terror que sacudía los miembros del noble bruto, y contestando éste con un resoplido salvaje, huyó velozmente, en dirección contraria, en el momento en que, abriéndose con violencia la maleza que ocultaba el camino, se presentó un tigre ante la extraviada mirada del viajero.

La inminencia y horror del peligro pareció devolverle su perdida serenidad. Echó a un la-

do el *poncho* que embarazaba sus movimientos, y arrancando con la mano que le quedaba libre, un puñal del cinto, preparó el revolver, y dirigiéndolo con aplomo consumado a la cabeza del terrible habitante de las selvas, esperó a pie firme el ataque, con la mirada dilatada y fija en su temible antagonista. El tigre, al descubrir la presencia de un hombre, replegó su flexible cuerpo, para dar mayor violencia a su terrible salto, dejando oír un cavernoso rugido de coraje. Su cola azotó rápidamente sus jadeantes flancos, mientras recogía con la lengua la espuma sanguinolenta que cubría sus fauces. El hombre y la fiera se contemplaron algunos segundos: la expectativa era solemne. El viajero aprovechó aquel instante de tregua para corregir la puntería de su revolver, seguro de que, fallando el tiro, su muerte sería instantánea

...Tres tiros salidos de la espesura del bosque, penetraron certeros en los flancos matizados de la fiera, que cayó al suelo, mordiendo rabiosamente sus heridas. No tardó en aparecer un cazador, seguido de dos *mozos*....El viajero que había retrocedido instintivamente tras de un corpulento *ceibo* a la orden de ¡fuego!, dio un paso adelante, descubriendo su presencia a los cazadores. El joven, jefe de la pequeña partida, no disimuló su sorpresa ante tan inesperada aparición... ¡Cuán oportuna su intervención salvadora!

Luis, (el cazador) y Jorge (el viajero) con expresiones francas y cordiales se estrecharon las manos.

El audaz cazador, de formas esbeltas y nerviosos ímpetus, representa 32 a 34 años. Su cutis es moreno, su cabellera negra, ensortijada y sedosa, deja a descubierto su despejada frente. Negros y expresivos son sus rasgados ojos, y la franca sonrisa de sus labios descubre una dentadura de irreprochable blancura, contrastando agradablemente con el obscuro y fino bigote..... El ligero y holgado vestido que le cubre, según las exigencias del ardiente clima, realza la elegante soltura de sus modales.--La belleza delicada, femenina del viajero, forma contraste con la varonil apostura del cazador. El color rubio de su recortada cabellera, el azul profundo de sus grandes y medio velados ojos, la palidez de su cutis, el rojo subido de sus labios y la fina e irónica sonrisa que alguna vez los contrae, impresionan de una manera extraña, sin dejar de sentir la influencia que se desprende de aquel hombre, cuya mirada, cuya sonrisa, se comprende que están lejos de ser el reflejo de su alma.

Los dos amigos continuaron su conversación saboreando un *puro* de las regiones de *Mojos*.... Pero hablemos de Ud., Luis, cuya existencia hace tanto tiempo que había perdido de vista.....

—Ella es sencilla, como todo lo que no sale de la esfera común de la vida. Poco tiempo

después del viaje de Ud. a Chile, tuve la desgracia de perder a mi madre.Ud. sabe que la muerte me arrebató antes la ternura y protección de mi padre..... Me lancé en cuerpo y alma a la política, sirviendo con lealtad al Gobierno; pero en esa senda sólo hallé abrojos y decepciones que me lastimaron hondamente el alma... Y abandoné Sucre....Cansado y dolorido, quise que *a lo menos*, quedase mi nombre sin tacha. Liquidé mis negocios y me vine a una propiedad aislada, donde vegeto solo y resignado....Cuando me venga la nostalgia de la sociedad, ensillo mi mejor potro....y en tres días me hallo en nuestro querido Sucre... ..

La casa de hacienda del joven cazador era tan sencilla y rudimentaria como todas las que se estiman en nuestra frontera....tan alejadas unas de otras y con caminos tan montuosos y difíciles, que hacen casi imposible la sociabilidad entre vecinos.

—o—

«No hay quién no haya notado el desaseo, la tristeza, la incomunicación que reinan en los pueblos trabajados por los partidos». (Don Javier de Burgos).

....Forzoso nos es ir con el condescendiente lector a la *culta* capital de Bolivia. *Sucre* con-

serva aún en el seno de su buena sociedad, los modales y hábitos de la *aristocracia* española; tiene el distintivo de la inteligencia como el del buen tono; pero, ¡triste es confesarlo!, lejos de marchar con los adelantos de la época, ni siquiera puede aplicársele el calificativo de «*limpia como una taza de plata*» que, con tanta razón, merecía antes. Sus calles desaseadas y casi desiertas durante el día, mezquinamente alumbradas por las noches (1); sin policía necesaria a ninguna hora, sin comercio, sin teatros, sin vida!... (2).—Es que el cáncer que corroe sus entrañas, son los odios y divisiones políticas (y se va de mal en peor); es que llega la abrumadora certidumbre de la impotencia para vencer el mal y obtener el bien, en que se obliga a que la sociedad se cruce de brazos, y desalentada e indolente se deje envolver por las corrientes que bajan al abismo.....

(Párrafos del opúsculo «¡CUIDADO CON LOS CELOS!»—Potosí—1893; imprenta de *El Tiempo*; páginas 94 en....)

(1) En las noches en que debe salir temprano la luna, el contratista del alumbrado hace economía de luz, aunque se encapote y truene el cielo.

(2) ¡Y es de notar que esto se escribía cuando era residencia del Gobierno!

En el año 1,815

El pueblo de *La Laguna* (hoy *Ciudad Padilla*), el más importante de la provincia de *Tomina*, por su ventajosa situación topográfica para las operaciones de los beligerantes, su clima benigno y la abundancia de recursos para las necesidades de la vida, se disputaba por patriotas y realistas, durante nuestra larga y heroica guerra de la Independencia. Ocupa una extensa planicie, accidentada por leves ondulaciones. Es presumible que antes hubiese sido el lecho de un lago. No existen bosques ni en sus alrededores, si bien la feracidad del terreno se presta a todo género de productos, siendo de censurar la desidia de sus actuales pobladores:...Humedecen aquellas regiones abundantes lluvias....

Era el mes de octubre de 1815, y *La Laguna* hospedaba con aire de fiesta a las fuerzas del célebre guerrillero patriota Padilla....El día era templado y sereno. Sentíase ese dulce bienestar que acompaña a los primeros halagos de primavera; y el descanso que el infatigable caudillo concedía a sus tropas, aumentaba el contento general del pueblo. Muchos de los vecinos habían ofrecido alojamiento a Padilla; éste prefirió tomarlo en una de las casas de su entusiasta correligionario y leal amigo don *José Barrero*; la

última, que terminaba hacia el camino a Chuquisaca y cuyas paredes interiores daban a campo descubierto. Allí se instaló el caudillo, bajo el pie de sencilla y pacífica naturalidad, que se complacía en gozar durante las cortas treguas concedidas a su esforzada actividad.

Vamos a penetrar en la habitación a que nos guían las alegres voces que en ella se oyen. Ocupa el centro una cuadrada y sólida mesa del rojo y perfumado cedro de nuestra frontera, y cubierta con uno de aquellos *manteles* tejidos en *Mojos* (Beni), cuya desaparición lamenta en nuestros días toda mujer de orden. Colocada simétricamente está la pesada *vajilla* de plata, producto del memorable *Cerro de Potosí* y trabajada con esmero por artífices de aquella *imperial* y opulenta *Villa*. Atrae una codiciosa mirada el legítimo e incomparable *queso de Pomabamba*, flanqueado por dos ventradas y verdosas botellas, de ésas que solía enviarnos la industriosa *Cochabamba*, llenas esta vez del rojo ypreciado vino del privilegiado valle de *Cinti*; y no faltaba tampoco, aunque en botella de más modestas dimensiones, el suave y aromático licor blanco de aquel hermoso valle; y en uno de los extremos de la mesa, campeando por sus respetos, una jarra de loza vidriada del país, colmada con la amarillenta y sabrosa *chicha*, cuyo secreto de fabricación conserva hasta hoy el pueblo de *La*

Laguna (Ciudad Padilla). Dorados panes, grandes como ruedas de molino en *miniatura*, (1) complementaban los aprestos de la *merienda* acostumbrada en aquellos patriarcales tiempos...

.....

Demos una breve idea de nuestros cuatro comensales. El dueño de la casa, de franco y bondadoso rostro, es uno de aquellos honrados vecinos de *pueblo*, con sus puntos de testarudez, tipo que, felizmente, no se ha extinguido en nuestro país.

El Padre don Mariano Suárez Polanco, secretario, consejero, sombra del cuerpo del caudillo, es de estatura mediana, muy en relación con su temperamento nervioso, que presta tanta actividad a su cuerpo y tanta energía a su alma. Su prematura calvicie, da mayor realce a la blancura mate de su ancha frente, bajo la que fulgulan sus pardos e inteligentes ojos. En su rostro pálido y cuidadosamente afeitado, hacen muy buen efecto sus labios rojos, prontos a entreabrirse con una sonrisa burlona. Una pequeña capilla gris, echada negligentemente sobre los hombros, es el único distintivo de su carácter sacerdotal.

(1) Los panes de *Toco* (valle de *Cliza*) en cuanto a sus proporciones, se llevan la ventaja junto con el provecho para sus nada cicateros fabricantes.

Don Manuel Ascencio Padilla, ancho de hombros, cabeza pequeña y altivamente sentada sobre un robusto cuello, demuestra la fuerza muscular de su bien equilibrado temperamento; así como la fijeza avasalladora de sus negros ojos, la configuración de su morena frente y el acentuado pliegue que contrae sus labios, dando natural seriedad hasta a la sonrisa que rara vez los entreabre, revelan la tranquila y firme convicción del hombre seguro de sí mismo e inquebrantable en sus resoluciones.

Réstanos presentar el esbozo de Doña Juana Azurduy de Padilla, nacida en Chuquisaca y contando a la sazón treinta y cuatro años de edad. De aventajada estatura, las perfectas y acentuadas líneas de su *rostro*, recordaban el hermoso tipo de las transtiberinas romanas. Al verla tan bella, al sentirse subyugado por la natural y serena dignidad que le consagraban los suyos, y que, llegado el caso, pudiera eclipsar la autoridad de su esposo (pues era adorada por los *naturales*, al decir de Mitre, como la imagen de la Virgen).

—¿No gusta Ud., Señora, una copa de cinteño?, le preguntó don José Barrero al ver que Juana no había llevado a sus labios el rojo líquido.

—Gracias.....Prefiero siempre el agua... ..

—El soldado y el fraile dijo sentenciosamen-

te Polanco, deben contentarse con lo que encuentren a mano.—Y en voz baja y rápida, a doña Juana:

Muy preocupado está el Coronel: casi nada ha comido.

La heroína miró atentamente al caudillo.....

En aquel punto se presentó un soldado, que no tenía de tal otra cosa que la profusión de vivos rojos, que disfrazaban su vestido de *paisano*.—Mi Coronel, dijo cuadrándose militarmente, acaba de llegar Santiago con un *ajeno* (1) que quiere.....

El caudillo se puso de pie con viveza, e interrumpiendo al mensajero: —Vamos; ya sé lo que es. Y dirigiéndose a Juana y a sus compañeros, añadió: Vuelvo pronto.....

—Presumo sean la confirmación de las tristes nuevas de ayer.

En efecto; *La Hera* con una fuerte división y una brillante oficialidad, aproximábase a *La Laguna*, ansioso de vengar la atrevida victoria que obtuviera el valiente Padilla sobre la guarnición de *Presto*.....

(Párrafos del opúsculo «EN EL AÑO 1815.—«Episodio histórico de la Independencia».—Potosí, 1895; imprenta de El Tiempo; páginas en 117).

(1) Extraño forastero.